

tros que no damos importancia mas que á las miserias de nuestra vida; pero entonces eran negocios muy graves: Roma tomaba parte en ellos, y lo mismo el gran consejo del rey. Precisado á entrar en aquellas transacciones generales, Rancé tenia que tomar parte en los accidentes domésticos: administraba sus primeros solitarios, que al principio se morian casi todos. Hallándose fray Plácido tendido en su último lecho, Rancé le preguntó adónde queria ir: «Al encuentro de los bienaventurados» respondió.

Administrado fray Bernardo, no bien hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor, sintió una vehemente necesidad de escupir, contúvose, y murió ahogado por el pan de los ángeles.

Claudio Cordon, doctor de la Sorbona, recibió al llegar á la abadía el nombre de Arsenio, nombre que ha llegado á ser famoso en las nuevas leyendas. Arsenio, despues de su muerte, se apareció en una gloria al trapense Pablo Ferrand y le dijo: «Si supierais lo que es conversar con los Santos!» y desapareció.

La abadía de Durval quiso reformarse, y para este objeto convino el abad en tener una entrevista con Rancé, que al instante se puso en camino, y encontró á aquel en Chatillon, triste lugar donde no se realizan las esperanzas. De allí pasó á Commercy, donde volvió á ver al cardenal de Retz, á quien apartó de la aparente idea que tenia de retirarse á la Trapa. M. Dumont, autor de la historia de la ciudad de Commercy, ha tenido la bondad de enviarme una carta de Rancé al cardenal de Retz. «Si vuestra eminencia, dice el abad de la Trapa, creyese que en el mundo hay alguna persona de quien se ocupe mi corazón mas que en ella, no me haria justicia.» Véase adonde puede conducir á la misma piedad la deferencia á las categorías. Despues de su salida, Rancé se dió prisa á replegarse y á retirar del mundo su patrulla. De vuelta de la Trapa, admitió á profesión á fray Pacomio: de quien se refiere que jamás abria un libro, pero que sobresalía en la humildad. Encargado del cuidado de los pobres, nunca entraba en la despensa del pan sin descalzarse, como Moisés para entrar en la tierra de promision. Pacomio atrajo á sí á uno de sus hermanos, y ambos vivieron bajo el mismo techo sin darse la menor señal de haberse anteriormente conocido.

Rancé envió á Septfont un religioso que llegó á malearse. «Me he equivocado, escribia Rancé al visitador, y de ello haré penitencia toda mi vida.»

La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del XVII, habian sido bandidos, desertores de los ejércitos: unos se retiraban á Port-Royal, y otros á la Trapa, todos á una soledad vengadora que debia devorarlos. Una sociedad tan llena de crímenes, se llenó de penitentes como en tiempo de la Tebaida.

Desde la reforma hasta la muerte de Rancé, se cuentan ciento noventa y siete religiosos y cuarenta y un hermanos, entre los cuales hay muchos, cuyas vidas ha escrito Rancé, y que pueden figurar en las novelas del cielo. Véanse sus nombres en la *Historia de la Abadía de la Trapa*, excelente coleccion donde todo se halla referido con minuciosa exactitud: es obra que recomendando con tanto mas empeño, cuanto he encontrado en ella algunas palabras de censura contra mí, que sin embargo no creia yo haber merecido....

La Trapa no era un lugar risueño; el terreno que la rodeaba ofrecia un aspecto lleno de desolacion, y la aspereza de sus costumbres parecia reproducirse en la aspereza del pais; pero la Trapa se conservó ortodoxa, y Port-Royal fue invadido por la libertad del entendimiento humano. El terrible Pascal con su espíritu geométrico, dudaba sin cesar, y no salió de su desgracia sino precipitándose en la fe. A pesar del silencio que guardaba la Trapa, se trató de destruirla, tal

era el terror que inspiraba al mundo. La habilidad de Rancé la libertó de su ruina: Port-Royal fue menos feliz.

Habiendo salido de Paris en la noche del 27 de octubre de 1709, d'Argenson sitió á Port-Royal de los Campos, con trescientos hombres, número excesivo en verdad para arrebatar á veinte y dos religiosas ancianas y enfermas. Dispensáronlas por diferentes lugares, y alguna vez se rehusó la sepultura á aquellas ovejas apartadas del rebaño de la madre Angélica.

En fin, llegó la órden para la demolicion del convento el 25 de enero de 1710, diez años despues de la muerte de Rancé, órden que se ejecutó con furor, segun el testimonio de Duclos. Los cadáveres se desenterraban entre obscenas bromas, mientras que en la iglesia los perros se hartaban de carne descompuesta. La casa de M. de Sainte Marthe se convirtió en una granja; los ganados pacen en el solar de la iglesia de Port-Royal de los Campos. «La clemátida, la yedra y los espinos, dice un viajero, crecen entre estas ruinas, y un sauce eleva su tronco en medio del recinto donde estuvo el coro: apenas interrumpen el silencio los arrullos de la paloma torcaz. Aquí Saey venia á repetir á Dios la oracion que tomó de Fulgencio; allí Nicole excitó á Arnauld á dejar la pluma; en esta apartada alameda me verá Pascal que desenvuelve una nueva prueba de la divinidad del cristianismo; mas adelante, con Tillemont y Lancelot, se pasean Racine, La Bruyere y Boileau que han venido á visitar á sus amigos. ¡Ecos de estos desiertos, árboles antiguos, ojalá hubierais podido conservar las pláticas de aquellos hombres célebres!»

¿Y cuál es el cristiano convencido, el genio poético que se dirige á estos ilustres desaparecidos como algun dia en Esparta llamé yo en vano á Leonidas? ¿Quién es? El antiguo obispo de Blois, el juez de Luis XVI.

Luis el Grande, habeis enseñado á vuestro pueblo las exhumaciones; acostumbrado á obedecerlos, ha seguido vuestros ejemplos: en el instante mismo en que caia la cabeza de Maria Antonieta en la plaza de la Revolucion, el pueblo hacia pedazos las sepulturas en San Dionisio: al borde de una sepultura abierta, Luis XIV, todo ennegrecido, á quien se reconocia por sus abultadas facciones, aguardaba su última destruccion; ¡represalias de la justicia eterna! «Decid, pueblo real de fantasmas (me cito á mí mismo; ya no soy mas que el tiempo) ¿querriais resucitar á precio de un corona? ¿Os tienta el trono todavia? Meneais las cabezas y os volveis á recostar lentamente en vuestras tumbas.»

Rancé habia trasportado consigo al desierto lo pasado, y á él atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no desatendia ninguna grandeza; antes bien se asociaba á las victorias de un recluso com á las de un capitán. Las contiendas del jansenismo, las misticidades del quietismo, ocupaban á la ciudad y á la corte desde Bossuet y Fenelon, hasta las señoras de Maintenon y de Longueville; desde el cardenal de Noailles, hasta los mariscales amigos ó enemigos de Port-Royal; desde los adversarios del protestantismo hasta los herejes mas obstinados. Por Rancé, el siglo XIV entró en la soledad, y la soledad se estableció en el seno del mundo.

En estos primeros años del retiro de Rancé, poco se oyó hablar del monasterio; pero insensiblemente se extendió su fama. Advirtieron los hombres que venian perfumes de una tierra desconocida y volvieron el rostro para respirarlos hácia las regiones de aquella Arabia Feliz. Atraído por los efluvios celestes, el mundo siguió su corriente: la isla de Cuba se revela por el olor de la vainilla en las costas de las Floridas. «Estábamos, dice Leguat, en presencia de la isla de Eden: el aire estaba lleno de un delicioso olor que

venia de la isla, y se exhalaba de los naranjos y los olimoneros.» (1)

LIBRO III.

Las calumnias publicadas contra el monasterio de la Trapa, por los libertinos que se burlaban de las austeridades, y por los envidiosos que sentian nacer otra inmortalidad para Rancé, empezaban á multiplicarse: incesantemente estaban sacando á plaza los primeros extravios de Rancé, y se obstinaban en no ver en su conversion otro móvil que la vanidad. Sus mayores amigos, como el abad de Prieres, visitador de la Orden, veian con terror las reformas de la Trapa; el último escribia á Rancé: «Tendreis muchos admiradores, pero pocos imitadores.»

Maubuisson, abadía situada junto á Pontoise, fue edificada por la reina Blanca, cuya sepultura se veia aun en ella. Rancé escribió á la desanimada superiora de aquella abadía. Tambien escribia á otra mujer, porque todos los que sufrían consultaban á aquel sabio médico que habia ensayado los remedios en si propio: «Si os asalta el tedio, pensad que Jesucristo os espera; toda vuestra carrera y su duracion no os pareceran mas que un vapor pasajero.»

El 7 de setiembre de 1672, presentó Rancé una solicitud al rey en favor de la reforma; en ella empieza por decir que los antiguos solitarios, cuyo nombre y hábito no merece llevar, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos por el servicio de Dios, y que á su ejemplo, creeria faltar al mas santo de sus deberes, callando; que desgraciadamente no va á hablar mas que para quejarse, y que el que le abria la boca no habia puesto en sus labios mas que palabras de dolor. Pasando de aquí á su argumento, habla de la Orden del Cister pronta á volver á caer en los peligros de que se ha escapado por la falta de proteccion rehusada á la Estrecha Observancia establecida por Luis XIII. Mientras que los solitarios han vivido en la perfeccion, han sido considerados como ángeles tutelares de la monarquía; ellos han sostenido con el poder que tenian cerca de Dios, la fortuna del imperio: una santa religiosa vió en espíritu lo que pasaba en la jornada de Lepanto. «V. M. no extrañará, concluyó diciendo Rancé, que obligado por el deber de mi profesion á presentarme á cada instante al pié de los altares del rey del cielo, me lleve una vez en mi vida al trono del rey de la tierra.»

La corte de Roma se oponia á las reformas demasiado austeras de la Trapa, y Rancé anunciaba su habilidad despertando en el corazon de Luis XIV la pasion del poder.

En todos los rumores propagados, unos denunciaban á Rancé por su doctrina, sosteniendo que no era pura, otros le acusaban de hipocresía, y otros de introducir innovaciones en la Orden. El rey hacia fines de octubre de 1673, le concedió para juzgar la cuestion los comisarios que habia pedido, el arzobispo de Paris, el dean de Nuestra Señora, y otros respetables sacerdotes.

Al mismo tiempo sus adversarios daban pasos en Roma contra él. «A un fraile, decia Rancé, no hay reputacion que le sea debida; no existe mas que para ser hombre de oprobio y de abyeccion.»

Estos sentimientos hostiles se popularizaban en versos que no tenian el mérito de los de nuestro gran cancionero, pero que ya indicaban la senda por donde debia llegar la Francia á una inmortalidad que á ella sola le pertenece.

Reunidos los comisarios nombrados por el gabinete, Rancé, fue llamado á Paris en 1675. Todo lo habian arreglado ya conforme á las intenciones del

(1) Viaje y aventuras de Francisco Leguat, pág. 4, tomo 1.º

Siervo de Dios; pero un abad de la Comun Observancia, declaró que si se seguia el dictamen de los comisarios, los abades extranjeros no acudirian al Capitulo general del Cister, lo que bastó para que el rey se detuviese, pues un movimiento en el cerebro podia acarrear grandes trastornos. Luis XIV lo sabia y nadie igualaba en prudencia á aquel rey tan absoluto.

Rancé expurgó su biblioteca: respondió al obispo de Paniers y á M. Deslions que con ánimo de desalentarle, le decian que aun estaba lejos de las austeridades de los primeros cristianos: «verdad es que el pan de turba de que me hablais era muy de uso entre los frailes.»

En 1676, contrajo una enfermedad habitual de la que murió, pero que no le impidió trabajar. Despues de haber pasado tres meses en la enfermeria volvió á la comunidad: así se deslizó su vida hasta el año de 1689 en que le sobrevino una recia calentura. Apenas le dejaba el mal algun respiro, volvía á sus ocupaciones seguidas de continuas recaidas: «La vida de un pecador como yo es siempre demasiado duradera solia decir.»

Mademoiselle, cuya ardiente imaginacion estaba en todos partes, escribió á Rancé pidiéndole algunos religiosos: él le respondió: «Estoy persuadido señora, de que V. A. R. no duda del placer que tendria en poder nombrarle un religioso tal cual lo desea, pero me he perdido de un año á esta parte ocho que se me ha llevado Dios. Otros estan próximos á seguirlos; y aunque todavia somos muchos, no vivimos unos y otros mas que con la mira y el deseo de la muerte.»

En esta época murió un religioso que no tenia mas que veinte y tres años, y que en su atavío de difunto dijo á Rancé: «Grande alegría experimento al verme en el traje de mi partida;» y se sonreia cuando iba á morir, como los antiguos bárbaros. Se creia oír aquel pájaro sin nombre, que consuela al viajero en el valle de Cachemira.

Por entonces tambien acudieron á encerrarse ó á intruirse en la Trapa varias personas ilustres.

Bossuet, compañero de colegio de Rancé, visitó á su condiscipulo y se levantó sobre la Trapa como el sol sobre una agreste selva. Ocho veces se transportó á aquel nido el águila de Meaux. Estos diferentes vuelos se rozan con hechos cuya memoria se ha conservado.

En 1682, Luis XIV se estableció en Versalles. En 1685 Bossuet compuso en la Trapa la advertencia del catecismo de Meaux. En 1686 dió fin el orador á sus oraciones fúnebres, con la obra maestra que pronunció delante del ataúd del gran Condé. En 1696 se fué á Dios Sobieski, antiguo mosquetero de Luis el Grande. Sobieski entró en Viena por la brecha que habia abierto el cañon de los Turcos. Los Polacos salvaron á la Europa, que hoy deja exterminar á la Polonia. La historia no es mas agradecida que los hombres.

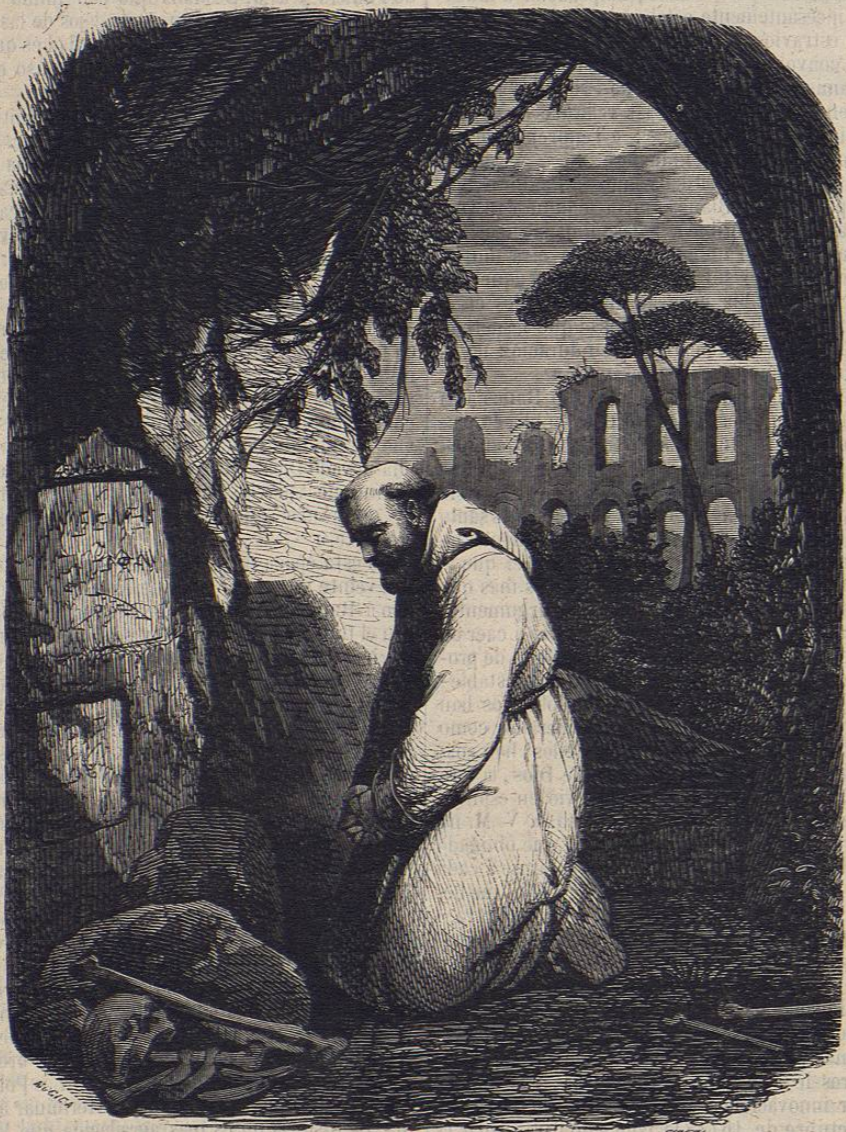
La Trapa era el sitio en que mas se complacia Bossuet; los hombres brillantes tienen inclinacion á los lugares oscuros. Familiarizado con el camino del Perche, Bossuet escribia á una religiosa enferma: «Espero haceros una visita mas larga á mi vuelta de la Trapa,» — palabras que no tienen mas mérito que el de llevar al pié esta firma: *Bossuet*.

Bossuet hallaba un encanto particular en el modo como celebraban el oficio divino los compañeros de Rancé: «El canto de los Salmos, dice el abate Ledieu, único sonido que venia á turbar el silencio de aquella vasta soledad, las largas pausas de Completas, el dulce, tierno y penetrante acento del *Salve Regina* inspiraban al prelado una especie de melancolia religiosa.» En la Trapa me parecia en efecto, durante aquellos silencios, oír pasar el mundo con el soplo del viento: me acordaba de aquellas guarniciones perdi-

das en los confines del mundo y que hacen oír á los ecos acentos desconocidos, como para atraer la patria: esas guarniciones mueren y el ruido acaba.

Bossuet asistía á los oficios del día y de la noche. Antes de Visperas, el obispo y el reformador tomaban el aire. Junto á la gruta de San Bernardo, me ense-

ñaron una calzada cubierta de matorrales que separaba en otro tiempo dos estanques, —y osé profanar con los pasos que me sirvieron para ir meditando en la composición de Renato, el dique donde Bossuet y Rancé departían sobre las cosas divinas: parecíame ver en la desnuda calzada destacarse las sombras



RANCÉ ORANDO A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS EN LA PUERTA DE LAS CATACUMBAS.

gemelas del mas grande de los oradores y del primero de los nuevos solitarios.

Bossuet recibió el Viático el lunes santo del año 1704; cuatro años hacia que ya no existía Rancé. Quejábale Bossuet de que le importunaba su memoria; su enfermero le sostenía la cabeza: —«Eso sería bueno, decía el obispo, si mi cabeza pudiera tenerse.» — En uno de aquellos momentos, el presbítero Ledieu le pronunció la palabra de gloria: «Dejad esas cosas,» le dijo Bossuet, «y ante todo pedid á Dios perdon para mí.»

El 12 de abril de 1704 se le hincharon al moribun-

do los piés y las manos. Un poco antes de las cuatro y media de la madrugada espiró: aquella era la hora en que empezaba á rezar su amigo Rancé, al acercarse el día. El águila que de paso había descansado un momento en este mundo, prosiguió su vuelo hacia el sublime nido de donde no debía ya volver á bajar. No nos ha quedado de Bossuet mas que una piedra.

Rancé tuvo al principio la idea de renunciar su abadía, sobre lo cual consultó á Bossuet en diciembre de 1682. Bossuet le respondió que aguardase. En aquel año el padre de un jóven mosquetero refugiado

en la Trapa, se quejó de la captación de que se había usado con su hijo, y no recibió del abad mas que estas palabras: «Pronto lo dejareis.»

Por entonces murió el abad de Prieres, de quien varias veces he hablado. Véase lo que hizo escribir á Rancé por conducto de un sacerdote: «El abad de Prieres me mandó en los últimos momentos de su vida que os noticiase su muerte, manifestándoos la

estimación que os ha conservado hasta el último suspiro.»

Aquellos rectos varones se legaban su estimación. De todas las acusaciones dirigidas contra Rancé, ninguna se apoyaba en una apariencia de verdad, excepto la de jansenismo. En una carta dirigida á M. de Brancas en 1676, se explica en estos términos:

«Os dije, hablando de M. Arnauld y de esos seño-



BOSSUET Y RANCÉ DEPARTIENDO SOBRE LAS COSAS DIVINAS.

res, que el papa estaba contento de ellos, y que había recibido sus firmas como ellos las dieron: me respondisteis lo que ya muchas personas me habían dado por cosa constante, á saber: que se habían sorprendido, y que el papa hizo como aquellos que se tapan los ojos con la mano y aparentan que no ven. Sin embargo, hace unos días vino á parar á mis manos la sentencia dada contra el señor obispo de Angers, en que se dice expresamente que el papa con mucha prudencia, quiso recibir la firma de algunos particulares, con una explicación mas

extensa para ponerlos á cubierto de sus escrúpulos y de las penas dictadas por las constituciones; de tal suerte, que no solo no aparentó no ver que firmaron con explicación, sino que lo aprobó y se dió por satisfecho de ello. Muchísimo me alegré de no haber juzgado á nadie. ¿A qué término me vería yo ahora reducido si hubiera condenado á personas, á quienes el papa aprueba por lo tocante al hecho mismo por el que yo las hubiera condenado? ¿Y á qué reparación no estaría yo obligado si hubiera pronunciado un juicio contra ellos, y hubiese autoriza-

«do á otros á hacer lo mismo en virtud de mi testimonio? porque en el fondo hubiera, contra el respeto que debo al papa y contra sus intenciones, condenado á los que él justifica, y hubiera considerado como á personas que estan en el error y en la desobediencia á las mismas de quienes él está satisfecho y á quienes recibe en su seno y en su comunión, en virtud de un proceder lleno de caridad y sabiduría. Os aseguro que nunca me sucederá juzgar á nadie, y que seré mas religioso que nunca en las resoluciones que he tomado sobre este punto. Os hablo sin pasión y en un entero desinterés de todos los partidos (porque ninguno tengo, y soy incapaz de tener otro que el de la Iglesia); pero con la persuasión de que Jesucristo es quien me inspira lo que os voy á decir.

«Es imposible que Dios nos pida cuenta á vos ni á mí de que nos hayamos abstenido de juzgar no teniendo para esto ni carácter ni obligación; pero podría muy bien suceder que una conducta opuesta pesase sobre nuestras conciencias, por buenas que sean nuestras intenciones, si los que tienen autoridad ó obligación de juzgar, se engañan despues de haber puesto en ello toda la aplicación, los cuidados y la diligencia necesarios. Ellos pueden esperar que Dios, que conoce el fondo de sus corazones, los mirará con misericordia; pero por lo que hace á los que se adelantan y no tienen misión, si les sucede esa desgracia, no pueden esperar mas que un castigo rigoroso, porque desde el momento en que se han ingerido y han usurpado un derecho que no los pertenece, han merecido que Dios los abandone á sus propias tinieblas. Os aseguro que ya considere que Jesucristo nos ha declarado que castigaria con un suplicio eterno al que diga á su hermano una leve injuria, ó ya me mire á mí mismo como á punto de ser juzgado, no hay cosa de que me halle mas distante que de juzgar á los demás.

«Tal debe ser la disposicion de todo hombre que no esté prevenido, y que mire las cosas en su verdad sin interés ni pasión; pero el mal está en que creamos no tener ni uno ni otro, porque en efecto no tenemos interés ni pasión propios y particulares, siendo así que muchas veces nos hallamos empeñados en los de los otros sin advertirlo. Por mi parte estoy persuadido de que en tales materias el camino mas seguro es no salir de los términos de la sumision y el silencio. Sé que este es el medio de enemistarse con todos los partidos y de no contentar á nadie; pero con tal que contenté á Dios y que me conserve en su orden, nada se me importa de qué modo explicaran los hombres mi conducta. Verdaderamente ya no pertenezco á este mundo, y no soy bastante desgraciado, para volver á él despues de haberle dejado, por el desigüno de contentarlo contra mi deber y los impulsos de mi conciencia. Sin duda conoceréis que es tan difícil, cuando se habla aun en las causas mas justas, conservarse en las reglas de la moderacion y de la caridad, que los mas venturosos son aquellos á quienes Dios ha puesto en estados, en los que nada los obliga á hablar ni á presentarse; y os confieso que no me canso de admirar y de compadecer al mismo tiempo la obcecacion de la mayor parte de los hombres que no tienen mas dificultad en decir: Ese hombre es cismático; que la que tendrían si dijeran: tiene la tez descolorida y es mal carado. Al decir que no hablo mas que para vos solo, no es porque no quiera que se sepa cuales son mis opiniones y mis ideas sobre este punto; pero todavía preferiria, como es la verdad, que no fueran á imaginarse que me ocupo en asuntos que no me incumben.

«Tampoco podria prescindir de deciros que nada hay menos cierto que lo que se dice de que hago penitencia por haber firmado el formulario; pues

«lo firmaré siempre y cuando que lo deseen mis superiores, y estoy persuadido de que en esto mi parecer es el verdadero; pero no niego que en el número casi infinito de los crímenes y de los males de que sé que tengo que dar cuenta á la justicia divina, debe ser comprendido el de haber imputado á las personas á quienes llaman jansenistas, opiniones y errores, de que mas adelante he reconocido que no eran culpables. Cuando me hallaba en el mundo, antes de pensar seriamente en mi salvacion, me he explicado contra ellos en todas ocasiones, y me he tomado en este punto una entera libertad, persuadido de que podia hacerlo, fiado en relaciones de personas piadosas y doctas; sin embargo me engañé y no será excusa para mí en el tribunal de Dios haber creído y hablado por informes y sobre la fe de los demás. Esto me ha hecho tomar dos resoluciones, en que espero perseverar con la gracia de Dios; una no creer nunca el mal de nadie, cualquiera que sea la religiosidad de los que lo digan, á menos de que me manifiesten una evidencia; y la otra no decir nunca nada, á menos de que con la evidencia me halle comprometido á ello por una indispensable necesidad. El que teme los juicios de Dios y sabe que ha merecido ser juzgado por él con rigor, es muy desgraciado cuando juzga á sus hermanos, pues que el principal medio de mover á Jesucristo á juzgarnos en su misericordia es abstenernos de juzgar.

«Pareceríame que obraba mal si sospechase de su fe (la de los jansenistas), pues que estan en la comunión y en el gremio de la Iglesia. Ella los mira como á hijos suyos, y no puedo ni debo por consiguiente considerarlos por mi parte mas que como á hermanos míos.

«Decís que son sospechosos; pero libreme Dios de dejarme llevar de mis sospechas. Sé por mi propia experiencia, y todos los dias lo experimento, hasta dónde llegan la injusticia y violencia de los llamados molinistas; no hay calumnias con que no procuren destruir mi reputacion, no hay habillitas injuriosas que no propalen contra mi persona: como no pueden atacar mis costumbres, atacan mi fe y mi creencia, y deducen de las reglas de su moral y de la falsedad de sus máximas, que les es lícito decir contra mí todos los males que pueden sugerirles la envidia y la pasión. *Circunveniam justum quoniam inutilis est nobis et contrarius est operibus nostris.* Mi conducta no es conforme con la suya; mis máximas son exactas, las suyas relajadas; las sendas por donde yo procuro caminar son estrechas, las que ellos siguen son anchas y espaciosas: este es mi crimen; esto basta; es preciso oprimirme y destruirme. *Opprimamus pauperem justum, gravis est nobis vetam ad vivendum quoniam dissimilis est aliis vitæ nullius.*

«¿Cómo queriais que yo les diese ningun crédito, y que pasasen por otra cosa en mi mente que por hombres arrebatados é injustos? ¿En qué pasaje de la Escritura ó de los libros de los santos Padres han hallado esos hombres tan celosos por la defensa de la verdad, que pueden en conciencia imputar el mayor de todos los crímenes, sin mas fundamento que puras imaginaciones, y desacreditar por toda especie de medios públicos y secretos á personas que sirven á Dios en el retiro y en el silencio, que no se mezclan ni en las contiendas ni en los negocios que dan edificacion á la Iglesia, y cuya vida, por confesion aun de aquellos que no la aman, es irreprehensible? Considerad vos mismo ¿qué cosa puede ocurrirse mas naturalmente, cuando llega á mis oidos algun rumor de las sospechas que se forjan contra los jansenistas, sino que puesto que los molinistas no se hacen ningun escrúpulo de imputarme excesos de que no estoy menos exento que vos mismo, aunque nada he dicho

«jamás en su daño y ningun motivo tienen para quejarse de mí, es muy posible que atribuyan errores imaginarios á personas que no han tenido con ellos las mismas atenciones y miramientos, y contra las cuales estan hace tanto tiempo en pugna declarada?

«Para hablarlos francamente, me hallo muy distante de ser molinista, aunque estoy perfectamente sometido á todas las potencias eclesiásticas. No pienso como ellos en lo tocante á la gracia de Jesucristo, ni á la predestinacion de sus santos y á la moral de su Evangelio, y estoy persuadido de que los jansenistas no tienen mala doctrina. Seria una gran flaqueza ajustar uno su conducta á los caprichos é imaginaciones del mundo; y los hombres de bien, que solo atienden á Dios en todas las circunstancias de su vida, no se cuidan por cierto de que otros se escandalicen de su modo de proceder, cuando no hay en él cosa alguna que salga del orden y de las reglas. El escándalo no recae sobre ellos, sino sobre los que quieren hallar motivos para escandalizarse en cosas que no son vituperables.

«En fin, he observado, desde que dejé el mundo los diferentes partidos que han agitado á la Iglesia; he visto por todas partes los intereses y las pasiones que los han continuado, y por la gracia de Dios no he tomado en ellos ninguna parte fuera de la de lastimarme y gemir en su vista delante de Dios, y pedirle que inspire sentimientos de paz y caridad á los que parece que los tienen enteramente contrarios. He vivido entre los unos y los otros en un estado de suspension, y me he sometido á la Iglesia sin tener conexión con nadie, porque he creído que no habia ninguna que no fuese peligrosa, y que el mejor de los partidos era no tener ninguno y antes bien adherirse simplemente á Jesucristo, y á aquellos á quienes ha dado su poder y su autoridad en su Iglesia.

«He permanecido en el reposo y en el silencio; y como muchas veces pienso en esta gran verdad, á saber, que Dios juzgará sin misericordia á los que hayan juzgado á sus hermanos sin compasion, me he abstenido de explicarme y de condenar la conducta y los sentimientos de los demás, sabiendo que no lo debía hacer, á menos de tener evidencias y certezas que nunca he tenido, y de estar comprometido á ello por verdaderas necesidades. No me propongo de agradar á los hombres; no solicito ni que me aprueben ni que me estimen, y sé muy bien que Dios nunca manifiesta mas claramente en los que pertenecen que no desecha los servicios que le brindan, que cuando permite que sean perseguidos; y la única pena que tengo es ver que esos hombres empañan sus conciencias como si no supieran que Dios juzgará á los calumniadores con tanto rigor y severidad como á los homicidas y á los adúlteros.

«Réstame otro punto, que es impedir el que se vea que yo favorezco el partido de los molinistas; porque os confieso que la moral de la mayor parte de los que tienen alguna, está tan corrompida; sus máximas son tan contrarias á la santidad del Evangelio y á todas las reglas é instrucciones que nos ha dado Jesucristo, ó por medio de su palabra ó por el ministerio de sus santos, que no hay cosa que yo pudiera sufrir menos que el ver que se sirviesen de mi nombre para autorizar sentimientos que condeno con toda la plenitud de mi corazón. Lo que me sorprende en mi dolor, es que sobre este punto todo el mundo enmudece, y que hasta los mismos que hacen profesion de tener celo y devocion guardan un profundo silencio, como si hubiera algo mas importante en la Iglesia que conservar la pureza de la fe en la direccion de las almas y de las costumbres. Yo por mí, que nunca me he acalorado contra nadie, porque siempre me he preservado de todo linaje de conexiones, cuando considero las cosas con el desinterés

«de un hombre que no quiere tener mas que á Dios y á la verdad delante de los ojos, y cuando procuro discernir lo que motiva que se tenga tanto calor sobre ciertas materias, al paso que sobre otras solo se ostenta indiferencia y tibieza, lo que se me presenta mas naturalmente es que lo queda el movimiento á la mayoría de los hombres, es el interés que por una parte hay en agradar y engañar y que por la otra es seguro perder (hablo de los que son teólogos y no pueden ignorar el fondo y las consecuencias de las cosas); y como yo nada tengo que perder ni que ganar en este mundo, y como he reducido á sola la eternidad todas mis pretensiones y mis esperanzas, no me gustan ni puedo comprender tales atemperamientos y consideraciones. Es cierto que, si Dios no tiene compasion del mundo y no impide el efecto de la aplicación con que se trabaja por destruir las máximas verdaderas para sustituir en su lugar otras que no lo son, los males se multiplicaran y se verá en breve una desolacion casi general.»

No he abreviado esta carta demasiado larga para nosotros, porque decide una cuestion tan viva entonces y hoy tan muerta. El jansenismo, por su rigidez, debía agradar á un solitario;—todo esto nos parecerá abrumador, porque el espíritu humano no alcanza ya fuerzas para tenerse en pié. Rancé, influido por Bossuet, mudó de opinion, cesando de tolerar lo que habia respetado. La estabilidad no pertenece mas que á Dios. *Manet in æternum.*

En el año 1678 Rancé hizo al mariscal de Bellefonds una declaracion de sus principios. Bellefonds era aquel mismo mariscal castigado en la guerra por dos desobediencias felices, y á quien Bossuet escribió una carta sobre la conversion de madama de La Vallière. La carta de Rancé ha llegado á ser muy rara; se trataba de rechazar las acusaciones que se alzaban contra los rigores de la Trapa.

«Si no es imposible, dice el abad al mariscal, entonar los cánticos del Señor en una tierra extranjera, es preciso creer sin embargo que es difícil seguir fielmente sus caminos cuando se vive rodeado de negocios y de placeres.

«Dios no ha recomendado á todos los hombres que abandonen el mundo; pero á todos ha prohibido que amen el mundo.

«Mi profesion quiere que me considere como un vaso roto que ya no sirve mas que para ser pisoteado; y en verdad que si los hombres me toman á veces por donde no soy tal como me creen, hay por otra parte en mí iniquidades que nadie conoce y sobre las cuales nada me dicen; de modo que no puedo dejar de creer que las injusticias que me vienen del mundo son justicias secretas y verdaderas de parte de Dios, y por esta razon considero en esto á los hombres como ejecutores de sus venganzas.

«Tal es la disposicion en que me hallo y que debo confesar, tanto mas cuanto estan cerca los confines de mi vida: en las puertas de la eternidad no hay cosa mas eficaz para conseguir que Dios me juzgue en su clemencia que el ser juzgado por los hombres sin compasion.»

En el año 1679 Bellefonds llamó á Rancé á París. Estos Bellefonds de Normandia eran descendientes de los Bellefonds de Turena. La marquesa del Chatelet, hija del mariscal, vivió muy pobre con su marido en Vincennes, cuyo gobernador era Bellefonds, el cual murió en el castillo donde en lo sucesivo le esperaba el duque de Enghien, que aun no habia venido al mundo.

El mariscal llamaba á Rancé para que viese á madama de La Vallière, como conocedor del mal de que estaba atacada. Cincuenta cartas de madama de La Vallière á Bellefonds estan impresas en una continuation del compendio de la vida de la célebre querida